

gojas entran con más facilidad hasta lo íntimo de su alma, tomando posesión de toda Ella.

¿Sería posible que la Santa Virgen sin el favor divino hubiera resistido la inmensidad de sus dolores? De ninguna suerte; pero el brazo del Señor, al sostenerla, no ha hecho sino dilatar más y más su corazón, dándole nuevas capacidades para el sufrimiento.

¡Oh, cuán grandes é inefables son los dolores de María! Un abismo llama á otro abismo, y un dolor no hace sino ensanchar la senda por donde pasen otros nuevos y más grandes que el primero.

El Profeta nos ha dicho que el dolor de la Virgen sin pecado, contemplando á Jesucristo moribundo, es grande como el mar. Y Salomón había dicho antes: «Todos los ríos desaguan en el mar, y éste no rebosa» (1); así también todos los dolores vienen entrando en el corazón de nuestra Niña; y él es tan grande, que los abarca todos. Bendigamos el poder de Dios que de esta suerte la hizo digna de acompañarlo en sus terribles penas.

La incomparable Reina de los mártires detiene sus miradas en Jesús, y siente brotar de su afligido seno una nueva fuente de dolor; contempla las mortales agonías del Hombre Dios; su vista está quebrada, su respiración es anhelante; el fin de su preciosa vida está cercano; es inevitable ya su muerte.... ¿Cuál sería entonces la mortal congoja del alma de la Santa Virgen? En otro tiempo probó Dios al patriarca Abraham, y le dijo: «Toma

(1) Eccles., I, 7.

á Isaac, tu hijo único, á quien tanto amas, y ve á la tierra de visión, y allí me le ofrecerás en holocausto» (1); pero cuando Abraham extendió la mano y tomó el cuchillo para sacrificarlo, el ángel del Señor gritó del cielo, diciendo: «No extiendas tu mano sobre el niño ni le hagas daño alguno, que ahora me doy por satisfecho de que temas á Dios, pues no has perdonado á tu hijo único por mi amor» (2). Al presente, esa voz de piedad y de clemencia que en otro tiempo impidió el sacrificio de Isaac, no se escuchará. La justicia del Padre está pidiendo que la Santa Víctima expire en el suplicio; no se trata de probar la fe de nuestra Niña, que había recibido en otro tiempo tan glorioso testimonio del Espíritu Santo, el cual habló por los labios de Isabel (3); se trata de salvar al mundo con la sangre de Jesús. Es, pues, indispensable que María contemple las lágrimas amargas del Señor, y cuente los suspiros que exhala en su agonía, y vea correr toda su sangre, y observe el temblor convulsivo de sus miembros, y mire, en fin, que inclina la cabeza y muere entre dolores.... ¡Oh, Virgen Santa! ¿Qué pasaba en tu tierno y afligido corazón al contemplar los últimos momentos de Jesús? ¿Qué aflicción podrá compararse con la tuya?

Pero sigamos. Hé aquí la última fuente que, brotando del seno de María, la inunda en amargura, y la deja sumergida entre las ondas de in-

(1) Gen., XXII, I, 2.

(2) Idem, 12.

(3) Luc., I, 45:

comparable y profundísima tristeza. El exceso del amor de Dios hacia los hombres le había llevado á sufrir los tormentos de la cruz; desea su salvación con vivas ansias, y no vacila en dar la vida por ellos; y tiene sus dolores y su muerte por bien empleados; y queda contento y satisfecho si todos los hombres llegan á salvarse; mas ¡ay dolor! que á pesar de aquellos sufrimientos, no todos lograrán su redención; y aquella sangre y lágrimas benditas, para muchos no tendrán efecto. Y María, que tanto amó á Jesús y lloró de dolor en el Calvario; y María, que ama á los hombres con tan gran cariño, que por ellos entregó á la muerte á Jesucristo, cuando contempla misterio tan terrible y espantoso, siente desfallecer su corazón; ¿quién podrá medir la grande de su pena? Era indispensable la muerte del Señor para salvar al mundo; acéptala Su Majestad, y sin embargo, muchas almas quedarán perdidas sin remedio. Si María no amara á los hombres en tan alto grado, si no tuviese un deseo tan ardiente y vivo de la gloria del Señor, si no estimara, en fin, en lo que estima, la pasión de Jesucristo, no habría llegado al colmo del dolor su padecer; pero esos tres amores son en Ella incalculables, generosos, vivísimos, ardientes, y llenan toda su alma. Es, por tanto, su dolor tan grande como el mar, cuyas aguas dilatadas, profundas, amarguísimas, son la imagen fiel de sus angustias.

Las siete fuentes que hemos mencionado salen de las más recónditas profundidades del corazón de nuestra Niña; pero también de afuera aumentan el caudal de sus copiosas aguas: ya van cerca

de tres horas que contempla el Hombre Dios en su agonía; están saciados de dolor sus ojos, y sus oídos han tenido su especial tormento: oyeron uno tras otro el fatídico golpe del martillo, cuando los judíos clavaron los pies y las manos del Señor; oyeron las blasfemias y sarcasmos de la plebe, y todavía tendrán que oír las últimas palabras de Jesús, que causarán, sin duda, un nuevo y amarguísimos tormento al corazón de la afligida Virgen. Mas ahora volvamos las miradas á otra parte: contemplemos el carácter con que la Santa Niña se presenta en el Calvario. Ella es la Madre de Jesús. ¿Ha podido acaso el hombre comprender alguna vez el profundo y acendrado amor que encierra el corazón de la mujer que lo llevó en su seno, ese noble sentimiento, generoso, constante, sufridísimo y ardiente cual ninguno? El tiempo no lo gasta; en vez de quebrantarlo, la desgracia lo anima y fortalece, volviéndolo más puro: el sórdido interés no empaña su belleza; y cuando así lo exige el bien del hijo, la madre dará su misma vida por aquel que en otro tiempo llevaron sus entrañas. Ese amor sabe olvidar la ingratitud; no existen para él, si así puede decirse, amargos desengaños: tras los desaires y el olvido, y la mala conducta de los hijos que contristan de continuo el maternal cariño, éste va rodeando sin cesar, con ternísimos afectos, á los que no han sabido sino despreciarlo, y cien veces cubrirlo de sonrojo.

Ahora contemplemos ese noble y hermoso sentimiento en el Corazón de la Madre de Jesús. Dios le ha dado un fondo inagotable de ternura: es sensible y amoroso cual ninguno, excepto el Co-

razón del Salvador: su ternura está proporcionada á la pureza y santidad de su alma. Ahora bien; ¿dónde está la ternura de las otras madres, comparada á la que encierra el Corazón de nuestra Niña? ¿Quién como Ella fué jamás tan pura y santa á los ojos del Señor?

Otras madres dividen su amor entre diversos hijos, ó á lo menos ellas no les dieron toda la existencia. Nada de esto sucede respecto de María: sus entrañas solamente llevaron á Jesús, y su maternidad divina no parte con criatura alguna el fruto de su seno inmaculado, pues Ella concibió por obra del Espíritu Santo.

María es la Madre de su mismo Dios: hé aquí un abismo que el hombre no conoce, ni puede penetrar. Si es Madre de Dios, debe amarle con un amor que le sea correspondiente; mas ¿quién podrá darnos la medida con que debe amar á Dios su misma Madre? Sólo el Altísimo Señor que engendra al Verbo en su divino seno, puede darla; pero ese amor no es posible que en toda su grandeza descienda á una criatura; mas con todo, la lleva hasta el confín de la creación, y acércala cuanto se puede, á Dios: los ángeles y los bellos y ardientes serafines quedan lejos, muy lejos de Aquella felicísima criatura, tan próxima al Señor, unida á Dios, viviendo en Dios (1). Dios mismo tiene que traerla hasta este punto, porque Él es quien la escoge por su augusta Madre.

Si lo dicho nos da una idea del amor casi infinito que á Jesús tiene la Sagrada Madre, también

(1) S. Ildeph. De partu Virg.

nos deja conocer en parte los terribles y grandísimos dolores que destrozaron su inocente corazón en el Calvario. No es ya la naturaleza solamente la que tiene tanto que sufrir en la muerte del Señor; es el Corazón de una Madre que ama y adora en su Hijo al mismo Dios: la fuerza inefable de tan bello sentimiento conmueve y penetra toda su alma. María se arroja en espíritu á los pies del Salvador, y los abraza y estrecha con ternura inmensa, y los riega con amargo llanto, y siéntese desfallecida á la violencia de tan gran dolor. Contempla luego el Corazón del Hijo, de aquel Hijo que tantas veces le había dicho: «Paloma mía, Tú que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce, y tu rostro muy bello y agraciado» (1). María no se contenta con estar delante de Jesús, ni con abrazar sus pies divinos; vuela y se hunde en su amoroso Corazón: allí es en donde conoce todo el sufrimiento del Señor, sus penas interiores y la hondísima tristeza en que su Espíritu se halla sumergido; y María entonces confunde su dolor con el dolor inmenso de Jesús; no es ya sino una víctima con Él (2); los mismos sufrimientos los agobian, y el mismo fuego los abrasa; y sin embargo, sólo Jesús tendrá que sucumbir, lo cual será para su Santa Madre un nuevo y agudísimo tormento, porque sin duda alguna, mejor le fuera morir con el Señor.

(1) Cant., II, 14.

(2) D. Bonav., cit.

Una madre jamás olvida el tiempo de su gloria; y si la toca el sufrimiento alguna vez, son entonces sus recuerdos espadas de dolor que penetran toda su alma. Respecto de María, en este punto, tenemos que la espada de Simeón, que hacía tantos años que llevaba hundida en su pecho virginal, se cambia sin dejar de herirla, y la deja lastimada de muy diverso modo que hasta entonces lo había hecho. Simeón le había señalado en lontananza la sangrienta colina del Calvario; cuando María, después de algunos años de camino, llegó por fin á esa colina, vuelve luego los ojos al camino andado, y descubre allá á lo lejos á Nazaret, Belén, el retirado Egipto y el sagrado templo del Señor. Nazaret, el sitio de su gloria, donde conoció el grande amor de Dios para con Ella. Belén, el lugar de sus grandes y profundas alegrías, embellecido con sus gozos maternos y la primera sonrisa de Jesús. El Egipto, donde estuvo desterrada, pero gozando delicias celestiales, en compañía del Hijo de su amor, de cuyos labios escuchó también por la primera vez el ternísimo nombre de Madre. El templo del Señor, donde pasó los años primeros de su vida, y en el que halló, después de tres días de angustias y tormentos, al Divino Niño. Tales recuerdos, cual nubes esplendentes, se condensan sobre su cabeza; mas un instante, nada más un solo instante, dura la visión consoladora, y esas nubes se tornan luego fatídicas y oscuras: nubes parecidas á la que condujo en otro tiempo al pueblo del Señor por el desierto, que por uno de sus lados iluminaba el campamento de los israelitas, y por el otro estaba cu-

bierta de tinieblas (1). ¿Qué son al presente esos recuerdos para la triste y afligida Madre, que tan cerca está de la Cruz del Hijo agonizante, contemplando sus dolores, oyendo sus gemidos, y viendo aproximarse por momentos el fin de su vida tan preciosa? ¡Oh recuerdos, llenos de amargura, no destrocéis ya más el Corazón de la afligida Madre! ¿Para qué le traéis á la memoria los encantos y las gracias del Niño de Belén, la dulzura de su trato, la belleza de su rostro, el suavísimo acento de su voz, la luz apacible de sus ojos, las palabras de amor y de consuelo con que en otro tiempo llenaba su alma de inefables y santísimas delicias?

Tales recuerdos no hacen sino avivar, volviendo más profundo, el tormento de María: si escucha las palabras del Señor, está su voz temblorosa y moribunda; los ojos han perdido el brillo de su luz, y su hermoso y agraciado rostro, cubierto está de lágrimas, de sangre y de salivas; y su frente, más bella y pura que el sereno cielo, ceñida está de un haz de espinas; las manos y los pies pasados con los clavos, y desgarradas con terribles azotes sus espaldas.

Lo dicho en el presente capítulo nos descubre la justicia con que la Santísima Virgen es llamada Reina de los mártires. ¿Cuál de los santos que han dado su vida por Jesús le puede ser comparado? ¿Por ventura sus tormentos y dolores han sido tan grandes y terribles como los dolores y tormentos que María sufrió en la cumbre del Calva-

(1) D. Bonav. Diæt. salut., tít. v, c. 3.

rio, ó han durado tanto como los de esta Santa Madre? Desde la Encarnación del Verbo del Señor, y aun antes, conoció la dulce Virgen los misterios de la pasión y muerte del Divino Redentor; pero principalmente desde que fué su Madre, ese conocimiento tan antiguo, y ya regado tanto tiempo hacía con su amoroso llanto, fué más vivo; y el dolor que le causaba, asimismo desde entonces se volvió más agudo y penetrante: la hora en que recibió en sus entrañas al Verbo del Señor fué crucificada, y de esta suerte concibió al Dios, que desde luego fué también crucificado por nuestro amor (1). Después, nuestra Señora, siempre que veía las manos y los pies del Niño Dios, consideraba los terribles dolores que le causarían los clavos; y la tristeza y amargura desgarraban su alma santa, y sus ojos llenábanse de lágrimas (2).

¿Cuál de los mártires ha podido remontarse á las alturas que María subió, ya consideremos la generosidad y grandeza de su sacrificio, ya la sublime y admirable unión que tenía con Jesucristo?

El martirio de los santos consistía en dar la propia vida en testimonio de su fe, no la vida de algún querido sér, que tal vez amaran más aún que su propio corazón; y sobre todo, ellos jamás pudieron sacrificar la vida de su Dios: hé aquí las excelencias del martirio de la Santa Virgen: la vida de Jesús, su Dios y su Hijo al mismo tiempo;

(1) D. Bernardin., t. 3 Serm. 6, a. 2, c. 1.

(2) Rev. Stæ. Birg. L. I, c. 10.

mil y mil veces más amada que la propia suya, es la que ofrece y sacrifica al Padre, en el tremendo día que muere el Salvador.

Cuando sufren los mártires de Cristo, padecen en el cuerpo; pero en el alma gozan inefables y purísimas delicias, que les hacen despreciar los dolores y la muerte; más aún, apetecerla con ardientes y vivísimos deseos. Recordemos las palabras del gran Ignacio de Antioquía: «Ojalá goce de las bestias que me tienen preparadas, y que sean veloces para darme tormento y suplicios, y la muerte; más todavía, las atraeré yo mismo para que me coman, y si rehusan el venir, las forzaré que vengan..... Vengan contra mí todos los tormentos del demonio: el fuego, la cruz, los dientes de las bestias, el quebranto de mis huesos, la separación de mis miembros, la destrucción de todo mi cuerpo, con tal que goce de Jesús» (1). Y ¿por qué tanto gozo y suspiros tan fervientes por cosas de suyo tan amargas y espantosas? Era porque los tormentos y la muerte los unían inseparablemente á Dios, inagotable fuente de gloria y de ventura. Contemplemos ahora el martirio de María: su sacrificio la separa del Señor, no con aquella separación que nunca tendría lugar en la muy amada del Eterno; sí con la que era consecuencia de la muerte; ésta la priva de Jesús, y el sepulcro le quita su sagrado cuerpo. La espada, pues, de los terribles dolores de María no era material como la de los mártires, sino aquella de que nos habla el Apóstol, más penetrante que cualquiera

(1) Ep. Ad. Rom.

otra, de dos filos, que entra y llega hasta los pliegues más recónditos del alma y del espíritu (1).

¿Qué importa que María, nuestra Señora, no haya realmente derramado su preciosa sangre, ó que los verdugos del Señor no hubieran intentado expresamente atormentarla con la muerte de su Hijo? Los tormentos y dolores de la admirable Reina de los mártires fueron suficientes para darle muerte, y solamente el milagroso auxilio con que el Señor la conservó, pudo impedir que sucumbiese. En cuanto á lo segundo, en realidad, persiguiendo á Jesucristo, hacían lo mismo con la Santa Madre, y dando muerte al Salvador, los verdugos, cuanto era de su parte, también la daban á la sensible y amorosa Virgen (2).

¡Oh Reina de los mártires, incomparable y Santa Virgen, Madre de Jesús! ¿Cuándo podrá la humana lengua explicar los vivos y profundísimos dolores que sufriste en día funesto, sobre la colina del Calvario? ¿Cuándo el corazón de los mortales podrá también sentir en toda su grandeza aquellos tan amargos sufrimientos? Apenas nos hemos acercado á orillas de ese profundo y dilatado mar, y queda el corazón desfallecido, y sin luz quedó la inteligencia; mas con todo, en medio del pesar y la funesta sombra que nos rodea, conocemos cuán grandes fueron tus dolores; y el ardiente amor que nuestras almas te profesan, hácenos llorar contigo: ¡qué dulces son las lágrimas que los hijos derraman en el seno de su Santa Madre!

(1) Heb., IV, 12.

(2) Suar., t. 2 ad 3, p. dist. 21, Sect. 4.

¡Cuán suaves y amorosos los suspiros que recoges en tus manos al salir del corazón! Por esto, amada Virgen, no hay para nosotros consuelo más hermoso que la parte que tomamos en tus penas; que éstas ¡oh Señora! nos llenen de amargura, inspirándonos horror á los pecados; y dando al alma verdadera penitencia, nos hagan siempre amarte con ternura: hé aquí nuestros deseos, la ardiente y humildísima plegaria que os manda el corazón.

¡Reina de los mártires, ruega por tus hijos!

CAPÍTULO XV.

EL TESTAMENTO Y LA MUERTE DE JESÚS.

NUEVOS DOLORES DE MARÍA.

§ I.



AS últimas palabras que nos dirige un ser querido son para nosotros riquísimo tesoro que guardamos con amor dentro del alma; porque contienen el postrer afecto de un corazón que pronto dejará de palpar; afecto condensado, si así decirse puede, tal vez con los recuerdos de la infancia, las más puras y ardientes emociones de la vida, y en fin, los sentimientos que se han desarrollado durante los períodos más